

2010

### Una moneda de veinticinco giraen semicírculo; Mala espina; El jueves del sillón

Gabriela Mayer

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

#### Citas recomendadas

Mayer, Gabriela (Primavera-Otoño 2010) "Una moneda de veinticinco giraen semicírculo; Mala espina; El jueves del sillón," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 35.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/35>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**GABRIELA MAYER**

## **UNA MONEDA DE VEINTICINCO GIRA EN SEMICÍRCULO**

El Pájaro llega más que puntual.

Raspa una moneda de veinticinco centavos contra la pared. La espera se ameniza desdibujando el dos, el cinco. Y también la palabra “centavos”, bajo los números, y el año, “1992”. Con paciencia, desliza una y otra vez la pieza contra el canto rugoso de cemento. No le molesta el ruido del metal que se corroe.

Quién hubiera dicho, después de aquel jueves en que le falló al Cabezón, que iba a estar ahí. Porque tuvieron que pasar varias semanas hasta que el tipo volvió a confiar en él. Y por fin le dio uno de esos trabajos importantes que tanto le había anunciado.

Ya había transcurrido más de un mes cuando el Cabezón lo hizo entrar por primera vez a su oficina. En lugar de entregarle los paquetes en el local, como siempre, lo invitó a pasar. Era un espacio minúsculo. Con un escritorio de fórmica gris y un butacón giratorio negro. Enfrente, una silla de madera. Se sentaron: el Cabezón primero, el Pájaro después.

Mira la moneda. En un rato logrará bajar el relieve de los números. Todavía hay tiempo, porque le dijo a las doce. Doce y cuarto. Y media como mucho.

El Cabezón abrió un cajón y sacó un sobre. Corrió algunos papeles y cachivaches del escritorio. Extrajo una foto y la hizo girar para colocarla bien a la vista del Pájaro. ¿Te animás? Sí, dijo él. Claro que me animo.

El sillón lo habían encontrado apenas a una cuadra del Banco. Cómo le habría gustado quedárselo. Al Cabezón nunca le contó por qué lo había dejado plantado ese jueves. Si ya bastante se había enojado con el cuento de la madre enferma.

Míralo bien al tipo, le dijo. Va el primer miércoles de mes, siempre a la

misma hora. A eso de las doce, doce y cuarto. Y media como tarde. Anda con un maletín negro. La foto es de hace poco, así que lo tenés que reconocer. Acá no se nota tanto, pero es petiso, más bajo que vos. Te dejo una copia para que la estudies.

Los números digitales del reloj que le compró al Peke marcan justo 12:00. Para no distraerse, guarda la moneda en el bolsillo del pantalón. Debajo de la tela, sus dedos palpan la ceca que, al fin, está bastante dañada.

Se ubicó en un edificio con una escalera a la entrada, en la vereda de enfrente. Parado en el segundo escalón, domina el campo de visión del ingreso al Banco, incluso si pasa un auto. Ahora, por ejemplo, entra una pareja de viejos tomados del brazo. Por el momento, no hay noticias del pelado.

El Cabezón no habló directamente de plata, pero le aseguró que no se va a arrepentir. Hacémela bien, pibe, dijo antes de atender su celular, que sonó al ritmo de cumbia.

Recién pasó el Óscar. Ahora éste me va a venir a hablar, se preocupó. Pero no, apenas saludó y siguió caminando. El Óscar anda medio raro últimamente. Enseguida lo perdió de vista.

Sus dedos se enroscan en la cadenita enchapada en oro que le cuelga del cuello. Se pregunta si los eslabones pueden cortar la circulación. La del índice, por ejemplo, que es el que más usa para esa costumbre adoptada últimamente. La verdad es que no lo sabe.

Hace rato que el Pájaro mira a un lado, al otro. Ve hombres de traje hablando por celular, mujeres arregladas para la oficina y cadetes apurados, en moto y en bicicleta. Pero el pelado no aparece. 12:08.

Los cristales oscuros apenas dejan mirar para adentro del edificio alargado. Las cajas al fondo, unos cajeros automáticos adelante. Y como dijo el Cabezón, el vigilante está justo detrás de la puerta.

El corazón le entra a latir más rápido: desde la esquina del Bajo se viene acercando un pelado. Sí, es él. El pelado de la foto. Lleva un traje gris y el maletín negro. Y viene solo.

No camina muy rápido; tal vez esté cansado. Mejor. Así no se le va a escapar. El tipo tropieza con la rueda de una moto estacionada, y unos pasos después desaparece detrás de las puertas polarizadas del Banco.

El Pájaro tiene que estar más atento que nunca. Lo sabe. No debe desviar un segundo la vista de la entrada, hasta que el tipo salga. El Cabezón no le dijo cuánto puede tardar. Desconoce cuánta gente hay en el Banco; además, él tampoco tiene mucha idea de trámites.

La puerta se abre, sale una rubia de minifalda que parece una muñeca. Después, un cadete con un casco en la mano. Cada vaivén del vidrio polarizado le acelera aún más el corazón.

Cuando el tipo aparezca, él cruzará de vereda. Lo perseguirá, hasta que llegue el momento oportuno para terminar el trabajo. Será en una cuadra, dos como mucho.

Sin darse cuenta, se coloca el dije en la boca, juguetea, lo muerde despacio. El tipo lleva más de cinco minutos adentro.

Empieza a transpirar. El asfalto ya irradia el calor del mediodía, aunque a la mañana estaba fresco. En marzo pasan esas cosas. Por eso se puso la remera de manga larga, pero está arrepentido. Se recrimina pensar en la ropa y la temperatura.

Un cincuentón de bermudas empuja la puerta para entrar al Banco, y en ese momento casi se choca con el pelado. El Pájaro abre la boca y suelta el dije. Todo su cuerpo siente la electricidad de la acción.

La deja alejarse unos pocos metros. Con cuidado, comienza a seguirlo. Prácticamente no pudo verle la cara. Sólo sabe que salió caminando un poco más rápido que antes. Ahora dobla en la misma esquina por la que llegó, y el Pájaro corre unos metros para no perderlo de vista. Es una buena cuadra para hacerlo ya, piensa. Algo de gente, mucho ruido. El pelado lleva el maletín en la mano derecha, contra la pared.

Cuando lleguemos a mitad de cuadra, se dice, mientras acelera el paso. Ya lo tiene a menos de diez metros. El tipo sigue caminando al mismo ritmo, así que seguramente no lo vio. No le resulta difícil acercarse más y más.

Tan concentrado está en su persecución, que no oye la moto que acaba de rozar la vereda. Tampoco reconoce al conductor, con un casco negro. Sólo ve al Óscar, que le arrebató el maletín al pelado. Y la moto que se escapa. Escapa a toda velocidad.

El Pájaro está ahí, paralizado, con las manos en los bolsillos del pantalón. Un viejo de anteojos dorados llama por celular a la policía. El pelado empieza a gritar, se agarra la cabeza. Después se sienta en el piso, con la espalda contra la pared.

Empieza a llegar gente y gente; muchos salen de los negocios de la cuadra, para averiguar qué pasó.

Casi sin respirar, el pelado se toma un vaso de agua que alguien le acercó. Tiene la frente llena de gotitas. Se desajusta la corbata. El Pájaro está seguro de que el pelado no lo vio durante su persecución; por eso no tiene miedo de seguir ahí parado. Vuelve a morder el dije de la cadenita. Pero después

piensa que podría ser un comportamiento sospechoso, que delate sus nervios.

Oye sirenas. Son dos patrulleros. Como había dicho el Cabezón: era un trabajo importante. Los canas bajan rápido y abren el tumulto para llegar hasta el pelado, que sigue en el piso. Empiezan con las preguntas.

Eran dos en una Honda Hornet, dice el Pájaro. No lo dice muy fuerte. Me parece que tomaron para el Bajo, agrega todavía, antes de que cuatro policías se suban a uno de los autos.

Los del otro patrullero, que se quedaron, siguen haciéndole preguntas al pelado. El Pájaro aprovecha para irse. No quiere más complicaciones. Ya bastante problema con el Cabezón.

Mira hacia atrás. Gente caminando de acá para allá. Nadie lo sigue.

Toma para el lado opuesto al Bajo. Distiende el paso. Mete las manos en los bolsillos, las saca. Algo vuela hacia la vereda.

La moneda de veinticinco centavos gira en semicírculo. Hasta que la atrapa. Con un pisotón, contra las baldosas.

## MALA ESPINA

– Me da mala espina – se le animó unos días atrás al primero de la tarde, que se estaba yendo.

– Dejalo que haga su negocio, y vos hacé la tuya – lo sacó corriendo el otro. Y se fue.

El asunto era sólo un par de veces por semana, pero lo suficiente para tener miedo de perder el trabajo. Recién había empezado hacía un mes, los primeros días de marzo. Ya sentía cierto apego a la casilla, la tickeadora que siempre le informaba la hora, el sillón con apoyabrazos en el que podía mecerse un poco. Y no le molestaba pararse a ayudar cuando un cliente no lograba abrir automáticamente la barrera. Tampoco pasar la escoba por el predio apenas llegaba, expulsando hojas y residuos más allá del cordón de la vereda.

Al principio, le cayó simpático el perro amarillento. Lo seguía sin ladrar y se echaba cerca de él. Pero con el paso de los días notó que era un animal viejo, que dormía gran parte del tiempo y casi no representaba compañía alguna.

Las primeras noches discurrían entre preocupaciones como memorizar los números blancos en el tablero de llaves, pensar por qué habían pintado las paredes con ese turquesa furioso que empezaba a descascararse y preguntarse quién alimentaba al perro, que lo miraba con ojos famélicos cada vez que le daba un mordisco al pebete de salame y queso. También pensaba en mejorar su reducido hábitat: arreglar la ventana de la casilla que no se deslizaba bien,

conseguir un calentador eléctrico para el agua, instalar el cable con alguna conexión clandestina (la televisión apenas sintonizaba los canales de aire).

Fue aprendiendo las rutinas: los autos que salían tarde, el encargado del edificio de enfrente que sacaba la basura, los cartoneros que desmenuzaban los plásticos, el quiosquero que atendía tras la reja y a medianoche apagaba las luces, el camión de residuos cumpliendo su recorrido a eso de las dos, algunos clientes trasnochados que volvían. Ya después de esa hora no había casi movimiento, y dormitaba en el sillón con la radio prendida. De vez en cuando, aparecía la voz de alguno de esos evangelistas brasileños, y cambiaba el dial con un manotón.

Comenzaba a despabilarse a eso de las seis, un rato antes de que salieran los primeros autos de la mañana. Iba al baño. Se lavaba la cara y los dientes ante un espejo con manchas, que pendía de un clavo entre azulejos partidos. Y se peinaba un poco.

Guardaba el cepillo y la pasta dentífrica en una bolsita, al fondo del tercer cajón del escritorio. Y empezaba a esperar al relevo de las siete.

– ¿Alguna novedad? – decía por todo saludo el de la mañana, mientras palmeaba al perro.

– Todo tranquilo, jefe – respondía él, poniéndose la campera de jean. – Hasta mañana, enfilaba hacia la salida.

El asunto había empezado una semana después de haber entrado a trabajar. El último de la tarde se le acercó antes de irse y le avisó:

– Esta noche, la llave de la Explorer plateada de la 38 no la pongas en el tablero. Queda acá, junto a la ventana. Una amiga la va a venir a buscar. Ella sabe lo que tiene que hacer, así que la dejás tranquila ¿estamos?

Su cabeza asintió de modo reflejo.

– Es un favor que le hago. Vos, calladito – le dijo el otro por lo bajo, mientras le estrujaba un billete en el bolsillo de la camisa.

La amiga era una pelirroja de pelo largo, enrulado. La primera vez llegó con un tipo de camisa a cuadros y campera de corderoy, y los dos se fueron lo más campantes a la camioneta estacionada en el fondo. No se atrevió a mirar, se metió en la casilla. Estuvo a punto de tropezar con el perro, que dormía echado delante de la puerta.

Al rato vio salir al tipo. La amiga lo acompañó hasta la entrada y se volvió a la Explorer. Después vino el segundo, ya ni se acordaba bien, podía ser un pelado con varias cadenas de oro reluciendo en el pecho.

Lo habría ganado el sueño, porque a eso de las cinco lo sobresaltó la amiga, que le golpeó la ventana. Tenía el maquillaje corrido. Le entregó la llave y se limitó a decir:

– Quedate tranquilo que ya acomodé todo.

La segunda vez se animó a observarla bien: vestido blanco sin mangas,

que comenzaba por arriba con un escote desbordante, y que más abajo comprimía el abdomen y moldeaba los muslos demasiado amplios. Gracias a las medias red de nylon lucía unas piernas firmes, hasta llamativas. Y unos tacos altos disimulaban su estatura modesta.

Fue todo prácticamente calzado. Antes de irse, el último de la tarde dejó cerca de la ventana las llaves de la Grand Cherokee de la 19 y le deslizó el billete. Esta vez la amiga apareció con un morocho petiso. Y después ése salió y le siguió algún otro.

Al final, la amiga depositó la llave en el borde de la ventana y se despidió apenas con un gesto. Ya no le dirigió más la palabra antes de bordear la barrera y salir.

Por curiosidad, fue hasta la 4x4 negra. Abrió las puertas y sintió el desodorante de ambiente que barría todo olor posible.

Y así era el asunto. Unas dos veces por semana (siempre entre lunes y jueves, porque los otros días había más movimiento). El último de la tarde sacaba la llave del vehículo elegido y la dejaba exactamente en el mismo lugar, señal de que esa noche vendría la amiga. Antes de salir le tiraba unos mangos, no demasiado, pero lo suficiente para compensar esas propinas que él no recibía y probablemente quedarían para los otros turnos.

De todas maneras, la cosa no le gustaba. Aunque el último de la tarde le dijera, una de las primeras veces, que eso ya lo había arreglado con el que había trabajado antes que él en el turno de la noche, y con el anterior. Si le hubieran dado a elegir, devolvía el billete y recuperaba su tranquilidad, pero al último de la tarde no se le ocurría dejarle esa poción, ni tampoco ninguna otra.

Encima, desde hacía unos días lo miraba torcido. Dejaba la llave junto a la ventana y le estiraba el billete sin decir palabra. Probablemente, el primero de la tarde ya le había contado del inoportuno “me da mala espina”.

El último de la tarde siempre estacionaba los autos elegidos para su amiga al fondo a la derecha, lo más lejos posible de la casilla. Y él no tardó en descubrir que, si dejaba entreabierta la puerta que conducía al baño, con dar apenas unos pasos, estaba en condiciones de espiar por la ranura. A veces veía algo, más bien poco. Ella solía lanzar una risita antes de entrar, mientras su acompañante le metía una mano por acá y por allá. Después, la luz del auto se apaga, y a lo sumo la 4x4 se balanceaba un rato.

Por esos días, el encargado de la mañana instaló un codificador, y al fin pudo tener cable. Al ritmo del zapping, las noches se acertaron considerablemente. Tan entretenido estaba que ni notó el cambio de vestuario de la amiga a una minifalda igual de corta que el vestido y un top dorado.

También había conseguido que el primero de la tarde le prestara su calentador eléctrico, pero la ventana seguía trabándose con frecuencia y el

sillón comenzó a chirriar cuando se balanceaba.

–¿Alguna novedad? ¿Todavía anda bien la tele? – lo saludaba con mínima simpatía el relevo de las siete y palmeaba al perro. Más tarde llegaban los demás, pero él nunca los había visto. Le explicaron que durante el día había mucho movimiento, y apenas quedaban un par de cocheras para clientes ocasionales.

– Sí, todo tranquilo, por suerte – se despedía él.

Llegó la Semana Santa, pero para él daba igual. Tenía que trabajar lo mismo. Y esa noche descubrió que la amiga también. Tampoco demoró en darse cuenta de que la televisión transmitía una porquería de programas, todas películas de Jesucristo y de pastores, o emisiones de predicadores que prometían el paraíso o amenazaban con el infierno.

Entonces entornó la puerta, se sentó a mirar con paciencia por la ranura. El tiempo pasaba, y nada, algún balanceo de la Nissan negra, el viento que hacía temblar la enorme media sombra con aspiraciones de techo, las hojas que se deslizaban crujientes sobre el asfalto.

La puerta de la 4x4 se abrió de golpe y lo obligó a volver rápidamente al escritorio. Vio pasar a un tipo panzón, peinándose con las manos.

Esa noche no pasaban a buscar la basura. Apenas había entrado o salido un par de autos. Tampoco vendrían los cartoneros, y el quiosquero de enfrente ni había abierto la persiana. Volvió a hacer zapping, pero la oferta televisiva era desoladora.

La amiga también parecía tener menos trabajo, porque desde que se había ido el primero no llegaba nadie. El perro, que hasta entonces lo había rondado en reclamo de alguna caricia, se echó otra vez a dormir.

La tickeadora le mostró las cuatro, las cuatro y media, las cinco menos cuarto.

A las cinco seguía sin haber señales de la amiga.

Cinco y diez, tampoco.

A las cinco y veinte la situación comenzó a preocuparlo. Decidió que si hasta las cinco y media no aparecía, iría a ver.

A las seis menos veinte se dijo que el último plazo era a las seis menos cuarto. No le importó que fuera Viernes Santo.

Seis menos diez abrió la puerta de la casilla y se acercó muy despacio hasta la Nissan negra, estacionada en el 42. Aproximó la oreja a la ventana de la luneta trasera, pero no percibió ningún ruido. Repitió la operación pegándose a las ventanillas: no se sentían movimientos desde el interior. Después intentó mirar, pero los vidrios polarizados no le dieron chance.

Se quedó inmóvil junto a la Nissan negra. Algo tenía que hacer. Ya serían las seis. Pensó en avisarle al último de la tarde, idea impracticable porque jamás le había dejado su número de teléfono. El perro llegó moviendo la cola.

Resolvió situar los dedos sobre el picaporte de la puerta lateral posterior derecha y presionar apenas, pero el mecanismo no cedió. Dio unos pasos alrededor de la 4x4, se detuvo ante el portón trasero y, sin pensarlo dos veces,



apretó con fuerza el botón y lo abrió de golpe.

La luz de la cabina lo hizo pestañear. Luego reconoció los ojos húmedos de miedo de la pelirroja, hecha un ovillo en el piso.

No se opuso a que la levantara, incluso le pareció que le tendía las manos. La sentó lentamente, casi como a una muñeca. Después la tomó con suavidad de los antebrazos y la atrajo hacia fuera. Ni bien sintió los pies afirmados en el suelo, ella lo soltó. Se sostuvo del auto con un brazo, con el otro acomodó como pudo el top, estiró la minifalda arrugada. Le pidió que buscara sus zapatos, y él los encontró rápidamente en el cubículo.

La amiga intentó caminar con dificultad sobre los tacos. No quiso que la ayudara. El perro la olfateó, apenas.

Se detuvo a unos metros para decirle:

– La llave está puesta.

Él la vio alejarse rengueando, antes de la primera luz de la mañana.

Alcanzó a decirle:

– Andá que yo acomodo.

## EL JUEVES DEL SILLÓN

El Pájaro lo vio antes que nadie. Corrió lo más rápido que pudo. Rebotó en el tapizado, tomando posesión. Y ya era suyo.

Jamás había soñado estar tan cómodo en plena calle. El color rojo de la tela contrastaba con los baldosones grises de la vereda y el granito de las paredes. Dejó que su cuerpo se hundiera todo lo posible en el relleno. En los antebrazos había tres o cuatro agujeros de diferentes tamaños, que hurgó con los dedos hasta la gomaespuma. Quemaduras de cigarrillo, tal vez. Después se agachó para mirarle las patas, tapadas por una serie de flecos desteñidos. La estructura de madera apenas si se movió. Un ligero balanceo adelante, a la derecha. Esa pata estaba un poco floja.

A un metro escaso, había una ventana de vidrios esmerilados con rejas negras, que ventilaba un sótano. En otro momento, el instinto lo habría llevado a levantarse a mirar, pero ahora no. Sabía que los demás podían estar acechando para quitárselo. Aunque al momento de la conquista del sillón no dejaran translucir ninguna señal de derrota. El Peke se había sentado en el cordón, a unos pocos pasos. Le había dado un rato de charla, hasta que apareció el Óscar. Se fueron caminando juntos. Vio como el Peke aceptaba el cigarrillo que le ofrecía el Óscar. Esa mañana no le dijeron adónde iban.

Ahí estaba el Pájaro, en su sillón. Acariciaba el tapizado suave. De a ratos, jugaba con su cadenita nueva. Desde los sesenta o setenta centímetros que lo

separaban del piso, miraba pasar la gente, las motos, los autos. Al mediodía, echó la cabeza para atrás y entornó un rato los ojos, disfrutando los instantes del sol que se colaba entre los edificios.

¿Es jueves? Consultó el calendario de su reloj. Sí, mierda, era jueves. El día que hacía changas para el Cabezón en la galería. Voy, dijo. Pero eso significaba perder el sillón. Para siempre. Entonces no voy. Eso significaba perder las changas. Porque el Cabezón no iba a tener mucho problema en llamar a otro.

Tenía un rato para pensarlo. Podía mandar al Peke o al Óscar, por única vez. Porque la galería del Cabezón era suya. Pero eso solamente si volvían. Y les iba a tener que dar la plata.

Qué mala suerte, encontrar el sillón justo un jueves. Porque venía bien con el Cabezón. Había dicho que pronto le iba a dar trabajos más importantes. Más días por semana. Más plata. Pero no podía dejar el sillón ahí. Si se levantaba, el primero que pasara se lo iba a llevar.

Le compró un pebete de jamón y queso a un vendedor ambulante por dos pesos. Qué porquería. Tan caro y es puro aire, te lo comés en un minuto, dijo el Pájaro. Se abrigó con el buzo verde que desde la mañana colgaba del respaldo del sillón. Jueves, dijo. ¿Si lograra meterlo un rato en algún lado? Hacer los trabajos para el Cabezón nunca le llevaba más de dos, tres horas. Tenía que entregar todos los paquetes por el centro.

Pero no confiaba en nadie de por ahí. Se incorporó por un momento, giró la cabeza hacia las esquinas. Probó levantarlo. Apenas si pudo. Probó deslizarlo. Con una protesta, las patas de madera se desplazaron por las baldosas, hasta quedar atascadas en una ranura. Se me va a desarmar todo, dijo el Pájaro. Ni noticias del Peke, del Óscar. Estaba fresco. Ya pasado el mediodía el sol no se filtraba ni de casualidad hasta ahí abajo.

Se sentó, siguió pensando. El reloj marcaba las tres, la hora en que tenía que estar subiendo al primer piso de la galería para buscar al Cabezón. No iba a ir. El jueves siguiente podía inventar que se había enfermado. O su vieja, mejor. Al Cabezón no le iba a importar. Pero, con suerte, lo perdonaba y podía seguir trabajando para él.

Apareció el hermanito del Bala. Le dio dos pesos para que le comprara una Coca en el quiosco. Todavía no había tomado nada en todo el día. Y el jamón le había dejado una sensación pastosa en el paladar. El Balita volvió enseguida, saltando. Con los 25 centavos que sobraban, se había comprado caramelos. Está bueno este coso, dijo, mirando su sillón. Y se fue corriendo.

Se calentó las manos frotando la tela. Aunque era vieja, seguía siendo suave. Sí, se iba a llevar el sillón a su casa. No sabía cómo. Pero se lo iba a llevar. Se levantó, dio media vuelta a su asiento, se puso de espaldas y orinó contra la pared. Volvió a desplomarse en el tapizado rojo. Ya el Cabezón se habría dado cuenta de su ausencia. Encontraría a otro.

Los Bala pasaron caminando. El Bala lanzó un gesto de admiración, se detuvieron. El Balita preguntó si quería algo más del quiosco. No, no. No podía gastar más. Ya se iban, cuando a él se le ocurrió una idea. Un carro, dijo. Necesito que me traigan un carro. ¿Qué me das?, preguntó el Bala. Diez pesos, mañana te traigo diez pesos. Doce. Trece. Vamos, le dijo el Bala al Balita. Éste se piensa que los carros te los regalan. Ni en pedo.

Caía la tarde. Seguía dándole vueltas al asunto. Quedaba poca gente en la calle. El Peke y el Óscar ya se habrían mandado mudar en el tren. Si no hubiera encontrado el trono rojo, estaría camino a su casa con los quince mangos que le daba el Cabezón. Pero éste era un jueves distinto.

Vino el horario en que los cartoneros empezaban a poblar el centro. No los conocía; por lo general a esa hora él ya no estaba ahí. Iban llegando de a familias, de a grupos. Hasta que eran muchísimos.

Escuchame, maestro, le dijo a un viejo de pelo largo, que se había instalado a pocos metros. Comandaba el trabajo de otros cinco o seis. Sentados en el piso, cortajeaban bolsas negras y clasificaban a toda velocidad papeles, cartones, plásticos. Necesito ir con el silloncito hasta la estación, Por unos pesitos, ¿hay un lugar en el carro?

Apenas lo miró. No, no. Eso me quita mucho espacio. Sin más, giró y le dio la espalda. Su grupo seguía trabajando. El carro ya estaba por la mitad.

No tenía sentido volver a preguntar. Los únicos cartoneros que pasaban por ahí parecían responder al viejo pelilargo. Ellos también tendrían su zona.

Con los ojos cerrados y la cabeza descansando sobre el respaldo, se le cruzó su mejor idea en mucho tiempo. Con cuidado, arrastró el sillón media cuadra hasta un supermercado coreano y lo estacionó en la puerta. Todavía estaba abierto. Era cuestión de convencer al dueño de que le prestara un carrito hasta el otro día. Podría montar el sillón arriba del chango y caminar hasta la estación. El coreano estaba atendiendo en la caja, y llamó al cadete para sacárselo de encima.

Era un peruano petiso, con delantal azul. Lo había visto un par de veces. Jefe, le dijo. Necesito un chango hasta mañana. Te juro por mi vieja que mañana te lo traigo. El otro lo miró. No puedo, dijo. El chino no deja. Por

favor, le rogó. Tienen muchos changos, no se va a dar cuenta. Mañana te traigo diez pesos con el chango.

El peruano lo apartó un poco. Buenos, diez pesos. Vas a tener que esperar que cerremos, le dijo por lo bajo. El Pájaro sintió el impulso de abrazarlo, pero se contuvo. Espero todo el tiempo que me digas. Aquí, en la esquina de la avenida, en un rato, dijo el petiso. Y gritó para que lo escuchara el coreano, que de vez en cuando miraba de reojo: ¡Andate de una vez, que los carros no se prestan!

Arrastró el sillón hasta la esquina. Ya no estaba tan sólido como antes, la madera crujía rápido. Lo acercó al cordón y se apoltronó nuevamente. Desde su nueva posición veía venir a toda velocidad los faros de los coches. A lo lejos cortaban la oscuridad; a poca distancia, lo encandilaban. Le pareció divertido. Su estómago hacía ruido, podía oírlo cuando el semáforo paraba los autos.

De pronto apareció el petiso con el chango. Mañana, le dijo. A las ocho en punto me lo alcanzás por la puertita del costado, con lo que quedamos. Sí, dijo el Pájaro, a las ocho en punto.

Entre los dos, colocaron el sillón, sobre el carrito. Sobresalía veinte centímetros de cada lado, era bastante más ancho que la estructura metálica. Hermanito, si podés quince, mejor. Que me estoy jugando mucho.

Cruzó con cuidado la avenida. Algunos peatones lo miraban. Decidió ir por el asfalto de la calzada. El carro se deslizaba mucho mejor por la calle que por las baldosas irregulares. Unas sogas le tendría que haber pedido, pensó.

Serían diez cuadras, no más. El trono se balanceaba, apenas, encumbrado sobre el chango. El Pájaro no podía dejar de admirar el tapizado rojo, la prestancia de su contorno. Sus manos sujetaban con firmeza el manubrio blanco, que tenía borroneada la palabra “bienvenidos” en letras mayúsculas azules.

¿Pasaría el sillón por la puerta de su casa? Si no, era cuestión de hablar con el vecino de atrás y entrarlo por el fondo. A sus espaldas, un automovilista tocó varias veces bocina. No se molestó en mirarlo. ¿Dónde lo iba a poner? ¿En la pieza, al lado de su cama? Siguió transitando por el carril izquierdo, junto a la vereda.

El carro, algo oxidado, tenía buena estabilidad. Las ruedas patinaban suave sobre el asfalto. Otra vez le tocaron bocina. Un auto pasó a pocos centímetros.

Había avanzado unas cuantas cuadras, le quedaría un poco más de la mitad de camino hasta la estación. Ya tenía todo pensado. Iba a entrar por las rampas para discapacitados; después subiría al vagón de carga. Y en menos de una hora estaba en el barrio. Más tarde que otros jueves. Mucho más tarde. Y mucho más cansado. Pero con el sillón.

Faltaba poco para doblar a la izquierda, por la otra avenida, la de árboles grandes a los costados y canteros en el medio. Pero este tramo tenía una pendiente cada vez más pronunciada. Tuvo que agarrar el manubrio con todas sus fuerzas. Porque el chango y el sillón podían escaparse cuesta abajo. En esas condiciones se complicaba llevar la carga en línea recta; no pudo evitar algunos zigzagueos.

Ya terminaba la pendiente. Casi. En un zigzag, el chango mordió un desagüe junto al cordón. Primero, con el campo de visión limitado, no entendió lo que pasaba. La rueda delantera izquierda se había trabado en el sumidero. El sillón comenzó a tambalearse.

Movió con desesperación el manubrio, en un intento de liberar la rueda. Con sacudidas cortas y enérgicas hacia ambos lados. El carro se desencajó bruscamente, perdió el equilibrio y volcó hacia la derecha.

No quiso mirar. Sintió el estruendo de la madera partida.